

A young boy in a blue shirt and red sash is running through a crowd of people. The background is slightly blurred, showing other people in various clothing. The overall scene suggests a moment of urgency or escape.

**DE REBELIONES
VA LA COSA
VOL. II**

DISTRIBUCION

UNA ANTOLOGÍA SOBRE REVUELTAS

Gracias a todas las personas que enviaron sus relatos, sin vosotros esto no habría sido posible. Gracias por el apoyo, el tiempo dedicado y por todos estos relatos.

Un besazo a quien este leyendo esto y también un fuerte abrazo. Disfruta de todas estas revueltas y espero verte para la próxima antología. Ya puedes ir escribiendo algo para ella.

**DISTRIASLOGH PATROCINA ESTA
REVUELTA**

**[HTTPS://DISTRIASLOGH.WOR-
DPRESS.COM/](https://distriaslogh.wordpress.com/)**

TRAS EL PASAMONTAÑAS

Puede que nunca te lo hayas preguntado, pero, ¿por qué el logo de Aslogh es un pasamontañas? Bueno, pues eso tiene una explicación, para nada histórica ni tampoco académica, va mucho más allá de eso. Va por el lado del sentimentalismo y de la insurrección. Vamos a empezar hablando de qué es una insurrección, o una revuelta, o como prefieras llamarlo.

Una insurrección la vemos como miles, o millones de personas, en la calle quemando, saqueando, rompiendo y atacando toda estructura de poder. Y en cierto modo lo es. Es más, es necesaria toda esa violencia contra el poder, los privilegios y lo colonial. Pero, ¿quién empezó esa insurrección? ¿Cómo empieza todo? No es que todes se ponen de acuerdo un día y dicen “mirad, el día 28 quedamos en la plaza y la armamos. A ver cuánto duramos” para nada funciona así. Ni siquiera es por alguna reforma desastrosa por parte de los políticos, ni siquiera por algún asesinato racista por parte de la policía o el Estado, porque si fuese así, ¿no nos pasaríamos el año entero entre pelotas de goma y contenedores ardiendo?

Entonces, ¿cómo empieza? Empieza por pintar una pared. Empieza hablando con colegas sobre la situación y la conciencia. Empieza por casarte con alguien para que obtenga los papeles. Empieza por una drag queen dando una vuelta por el barrio. Empieza por romperle la nariz al machorro que intenta drogar a chicas. Empieza por ti. Cada pequeño paso, incluso aunque sea minúsculo, es un paso para una insurrección. Todo vale, desde quemar el local de los nazis, por hacer unas pintadas o hacer unas jornadas para dar dinero para que una chiquille se haga su mastectomía. Todo lo que sea un paso, pacífico o violento, es un paso para que todo empiece a arder de una vez por todas. Y dirás, “vale, lo que tú digas, ¿y el pasamontañas?” Ahora voy, chiqui.

El pasamontañas está muy arraigado a las revueltas, y normal porque es necesario taparse la cara para hacer cosas ilegales, que nunca te pillen haciendo esas cosas, taparse la cara es muy necesario. Pero no vengo a hablar de seguridad frente a la represión, de eso hay muchos textos, fanzines, incluso algún libro si es algo que os interesa. El pasamontañas como algo simbólico es el ¿quién hay detrás del pasamontañas? ¿Una chica? ¿Una persona racializada? ¿Una persona trans? ¿Un marica? Nunca lo sabréis, y ese es el verdadero significado, ¿qué coño importa quien haya detrás de eso? ¿Vamos a darle más o menos valor por su género, raza, sexualidad o discapacidad? Detrás de ese pasamontañas hay una persona luchando, haciendo su vida, incluso a lo mejor se esconde tras de eso por no ser visto por gente cercana que no sabe que es trans. Nadie lo sabe y a nadie nos debe importar. ¿Quién soy yo? ¿Soy una chica? ¿Soy bollera? ¿Soy cis? ¿Soy trans? No os importa y nunca os debería importar. El pasamontañas es como salir del ar-

mario, no es necesario quitártelo, no debes ir pregonando nada que tú no quieras pregonar. ¿Vais a tratarme diferente si tengo coño? ¿O aparecería más chicas cis blancas a decirme “ey, vente a nuestro evento”? Dejad que la imaginación fluya. Poneos el pasamontañas y haced lo que os gusta. Dejad de intentar mirar detrás de él. El pasamontañas es un símbolo, no de cobardía, sino de que hago esto porque quiero y puedo, y nadie va a pararme. Así que, coge tu pasamontañas, o hazte uno con unos calzoncillos limpios y sal a luchar. Hazlo como mejor sepas. Hazlo como tú quieras y que nadie te diga como hacerlo. Solamente tú puedes hacerlo. Nos escondemos detrás de un pasamontañas para dar batalla y tener un anónimo detrás. Porque tampoco queremos la fama de las fotos dándonos a conocer, queremos hacer nuestra pequeña comunidad, o grande, para acabar con todo lo que nos rodea y oprime.

Detrás de este pasamontañas solamente hay una goblin con ganas de romper con el mundo mientras se divierte en el intento y hace amigos por su paso. Esconde tu cara si quieres, aquí sois bienvenidos. No necesito saber que hay detrás de ti, ni que escondes, me vale con que tus actos sean bonitos y revolucionarios. Y ahora disfruta de esta gran antología. Nos vemos entre líneas de tinta y barricadas de papel ardiendo.

CLASE MAGISTRAL

Hay quien piensa que una revolución empieza con sangre, con dolor y con fuego. Hay quien piensa que la metáfora de la chispa es una referencia directa a muertes, batallas y agresiones. Y en parte lo es, no hay duda de eso. Sin embargo, todo ello no es más que el decorado de fondo. La parte llamativa que queda en nuestro subconsciente y que luego pasa a la historia a través de imágenes y vídeos, de productos culturales que moldean nuestra lectura de lo ocurrido. En realidad, esa no es la verdadera revolución.

La verdadera revolución es mucho menos llamativa.

Yo era todavía una niña y mis recuerdos son difusos, pero viví en una época de constante revolución. Gracias a ello, hoy todo es un poquito más fácil. Y sí, ha habido sangre y muerte, dolor y fuego, pero la fuerza que lo movió todo entonces no fue eso, sino la esperanza, la empatía, el compañerismo y la solidaridad.

Crecí con colas del hambre, con desahucios y suicidios. Crecí con gente de mi edad horrorizada por el futuro, destruida antes de poder abrir sus alas. Crecí con miedo a ser violentada de mil y una formas. Pero ese miedo, por muy real que fuera y por mucho que modificara mi conducta, no eliminó de mí ni del resto la bondad. Y, jovencites, apuntad esto, que entrará en el examen, eso fue, al final, la chispa que lo empezó todo.

Jenni
(@Jenfv_42)

NECESITO MÁS

Recuerdo cuando antes iba siempre esquivando a la gente para que no me tocara, cuando habían prohibido los conciertos porque acababan todos en disturbios. A tus amistades las tenías que ver por internet, incluso con tu pareja tenías cuidado no fuese a pasarte algo. Puta guerra. Putos gobiernos. Puto cambio climático y todas las empresas que lo contaminaron todo. El mundo antes era una mierda, pero joder al menos podía ver a mis amigas sin tener ningún problema. Y mi marido estaba vivo... Estaba vivo joder... Hoy voy a cambiar esto. Voy a salir a la calle. Voy a tocar a todo el mundo. Quiero todo. No puedo seguir así, aislado en esta casa llena de mierda. Con poca comida y llena de armas. Ya no quiero llevar armas. Hoy no. Hoy voy a salir calmado. No voy a ir asustado, ni con precaución por la calle. Por un día. Mi último día. Voy a ir sin mirar a la gente. ¿Cuánta gente tocaré? La verdad que ando emocionado. Que ganas, voy a ver como me maquillo. ¿Este pintalabios morado quedará bien? Sí. Sí me lo pongo con esta sombra de ojos azul cielo va a quedar de lujo. Nadie se va a fijar. Solo me quieren pasar sus enfermedades, nada más. Ya les da igual que sea una maricona. Puedo ser libre, por primera vez puedo vestirme como quiera. Voy a salir a la calle guapísima. Estos tacones no van a venir bien, tengo que ir cómodo que tengo una cita. Aunque él no lo sabe yo sí lo sé. Voy a abrazarle con fuerza. A la calle venga, que este maquillaje no va a pasarse solo.

No me acordaba lo que era el aire en la cara. Que gusto por favor. Lo malo es que hay poca gente por la calle, recuerdo cuando todo estaba lleno de gente porque aun no se había desatado esta catástrofe. No recuerdo cómo pasó. Entre guerras, pactos de empresas y gobiernos para contaminar a su antojo llegó esta epidemia. Te chocas con alguien y ¡PUM! te pasa sus enfermedades y lesiones. ¿Tienes el sida? Pásaselo a quien veas por la calle. ¿Te has roto la rodilla? Toca a alguien cuando menos se lo espere y recupérate de inmediato. Eso sí, luego sal corriendo no vaya a pegarte un tiro. Así la gente dejó de verse. La gente empezó a ir con armas. Los presidentes empezaron a contratar guardaespaldas para que no les tocasen. Murió mucha gente. Los hospitales se forraron al privatizarse. La gente empezó a tener problemas mentales por culpa de la soledad, el abandono y la histeria. Pero, ¿qué más da? Pásaselo a alguien por la calle y vuelve a casa con toda la calma. Bueno, venga, voy a caminar. Necesito darle un abrazo, menos mal que estoy sin nada. Allá voy.

Mira, veo a alguien. Voy a llorar, hace tanto que no veo a nadie en persona. ¡Ven amiga, abrázame! Ay, muchas gracias, en serio. Tenía ganas de contacto humano,

la almohada no es lo mismo. ¿Qué me habrá pasado? No noto nada. ¿Una voz? Hostia, tenía esquizofrenia. Pobre... Menos mal que se lo he quitado de encima, espero que le vaya bien. No. No voy a matarme. ¿Quién hay detrás? Nadie. Joder. Me siento perseguido. Para. ¡PARA! Necesito tomar aire, no puedo. ¿Y si me mato? No no no no. Ya vamos. Por favor cabeza, ¿puedes dejarme llegar hasta mi destino? Quiero disfrutar del paseo y del contacto humano. Me he sentido tan bien con el abrazo... Mohamed te echo de menos... Ups, ¡gracias! Ese muchacho se ha chocado conmigo y me ha pasado una mutilación del brazo. Para lo que me iba a servir me da igual ya, puedo ir con un brazo amputado sin problemas. Solo quiero hacer acopio de todo lo que encuentre. Ya estoy más cerca. Hacía mucho tiempo que no veía el cielo. Está amarillo por culpa de la contaminación, pero me parece bonito aun así. ¿Estará allí Mohamed? Ya lo veré cuando me toque morir. ¿Iré al cielo? No lo sé. ¿Quién está detrás? Nadie. Joder. ¿Cómo he llegado a esta situación? No sabría decirte, cabecita. Yo creo que la depresión y... ¡Bluagh! Joder, vaya puta. Este chico está bien enfermo. ¿Qué coño tendría el pobre? Sigo contándote, cabeza. Mi marido tuvo que vender su cuerpo para que le pasase una enfermedad leve, o eso se suponía. Le iban a pasar una rodilla rota, resultó ser un cáncer terminal. Ricos de mierda. Hoy le voy a pasar todo. Solo tengo que llegar. ¡AAAAH! Que susto, amigo. Ponte en pie ahora que puedes, no vayas tocando piernas desde el suelo que casi me da un infarto. De nada. Que te vaya bien. Ahora me toca ir arrastrándome hasta allí. Queda poco, venga. No. Espera. No grites. Joder, esto es lo que llaman un bollo. Un todos contra todos. Venga, quiero probarlo. ¡VENID AQUÍ PEDAZOS DE MIERDA! Me siento vivo, al fin. No, mis piernas. No escucho. No puedo ver. Joder, esto no mola nada ya. ¡PARAD! No vengáis todos hacia mí. ¡AAAAAAAH! ¡MI CABEZA! No veo, estoy ciego otra vez. ¡ME DUELEN LOS HUESOS, ME QUIERO MORIR! No pienso morir aquí, voy a tocaros yo también. Joderos. Pillad todo. Voy a correr antes de que me toquen de nuevo. Cuantas manos. Ah... ¿Un infarto? No se que coño me han pasado pero siento que me estoy muriendo... ¡TE VEO, HIJO DE PUTA! Voy a matarte. Por Mohamed. Por toda la gente que habrás usado. Por todo. No, por favor... Ahora no. Mi corazón.. Me caigo, no aguanto más. No he podido vengarme y pasarle todo lo que tenía, lo siento, cariño... Mohamed, te quiero.

Cuchi
(@aslogh)

En son de paz

Dejó al bebé, por fin dormido, en su cuna, y decidió aprovechar para realizar algunas tareas del hogar; disponía ahora, si el pequeño no volvía a despertarse, de varias horas «libres» por delante. Tenía colada de la que ocuparse. Recoger los platos. Darle un repaso al suelo. Y un largo etcétera. Luego, se daría una ducha. Pero lo primero, lo que más le urgía, era seguir las noticias. Eran todas, desde que había empezado la emisión, hacía ya unas horas, bastante preocupantes.

Había llegado una enorme nave espacial.

Sabían, desde hacía tiempo, de la existencia de vida en otros planetas. Pero lejanos, eso sí. Así que la visita no dejaba de ser inesperada. Ahora lo prioritario era determinar las intenciones de los visitantes. Encendió la radio. No tuvo que buscar: todos los canales hablaban del suceso. Se había producido un avance. Uno de los visitantes había salido de la nave en su traje espacial y, por medio de signos, había conseguido transmitir su primer mensaje: «Venimos en son de paz».

Sintió alivio y respiró tranquila por primera vez en horas. Entonces se dispuso a empezar sus tareas. Pero la detuvo el sonido del teléfono. Levantó el auricular.

Era su marido. Llamaba desde el trabajo, el Centro Astronómico.

—Cariño —le dijo—, ¿has escuchado las noticias?

—Sí —contestó ella—. ¿No es maravilloso?

—No, cielo, no lo es. Es muy preocupante. Prepara maletas con ropa imprescindible. Coge también comida y carga el vehículo con todo. Llegaré a casa en cuanto pueda. Primero tengo que coordinar en qué momento me uniré a la resistencia.

—Un instante de silencio y añadió con voz seria—: Salimos para el norte esta tarde.

—No entiendo —dijo ella desconcertada.

—En el Centro hemos determinado el origen de la nave. Los visitantes son humanos.

—¿Humanos? —preguntó ella sintiendo un escalofrío.

—Sí.

Se oyó de repente llorar al bebé: había vuelto a despertarse.

Libertad García-Villada y Jesús Durán
(@LibertadVillada y @joseyshepard)

EL ESPECTRO

Algunes dicen que Espectro es solamente un personaje de DC Comics. Otres opinan que cualquier ficción capitalista es solo una tapadera de numerosos gobiernos, lobbys y conjuras reptilianas para ocultar un espíritu vengador que desde tiempo inmemorial imparte la cruel justicia de sus dueños. A veces las cosas pueden ser más de una cosa.

Este dios de la venganza no es tan bondadoso como, por ejemplo, el dios de la comodidad o el de la droga. Usa a difuntos como títeres para ejercer su venganza. Así pues son los muertos de la derecha los que acaban con otros miembros de la derecha, los cadáveres socialistas matan socialistas, el maltratador que se suicidó después de coser a puñaladas a su esposa mata a sus encubridores, etc. La venganza, si irónica, sabe el doble de succulenta.

Sin embargo, esta es la historia de Albert Kadmon, que fue señalado para cumplir la función de Espectro tras morir de un trombo después de meses acumulando grasa en las cartucheras mientras se recuperaba de una rotura en su pierna derecha. Sus problemas de morbosidad ya no eran un inconveniente en el plano astral. Que la falta de ejercicio fuera su parca adquiere tintes trágicos teniendo en cuenta que vistió con chándal toda su vida.

Como fantasma cruzaba el cielo de la ciudad de Lleida oculto tras la niebla cuando se le apareció Espectro para marcarle su objetivo. Kadmon vio depositada en sus manos una lista en la que figuraban la mayoría de sus raperes favoritos: había llegado la hora de acabar con unos cuantos como castigo por su soberbia. Kadmon pataleó y lloró lágrimas ingravidas de pura desesperación implorando misericordia ante la injusticia de tal cometido.

Sin embargo quienes se convierten en Espectro se ven impelidos a ejecutar la vendetta, así que, tal y como hacía en vida, no dejó para luego lo que podía hacer mientras sufría una crisis de ansiedad. A la primera de ellos, que había robado expectorante para elaborar lean, un succulento cóctel de codeína y azúcar, le imbuyó tremendo ataque de tos por el que terminó esputando medio pulmón, que acabó en las fauces del bulldog francés que mantenía encerrado desde hacía meses tras mentir sobre su muerte para dar pena en un torneo de freestyle.

A otro MC, que presumía de ser un gánster le regaló una experiencia inmersiva en la mara Salvatrucha cuando le practicó una corbata colombiana, le rajó el cuello y tiró de su lengua a través del agujero resultante mientras se desangraba entre estertores. Sus colegas, que no podían percibir al fantasma, iban tan fumados que pensaron que lo hacía adrede: lo grabaron, le aplicaron autotune y lo subieron a Tiktok con un filtro de pecas.

¿Qué castigo merecía un cantante y productor que hacía ostentación de una fortuna que no compartía con nadie? ¿Susurrar para que lo asesinaran como al César o transportarlo a una isla desierta con toda su fortuna para que muriera de pura miseria? Lo que sucedió a continuación no lo podría haber previsto ni la misma muerte.

Tras firmar un contrato millonario con el productor por tres años para participar en el circuito de batallas de los gallos de una conocida bebida energética, tuvo la ocasión de escoger su propio equipo y, ¿quién mejor para ello que los restos espectrales de unos raperos de éxito con la experiencia adquiridas tras una muerte irónica? La Lil Kill Crew había nacido y podía ser percibida en este plano, ya que un contrato les ligaba ahora al mundo terrenal.

Asesines de la tarima, cuando subían al escenario no quedaba títere con cabeza. Literalmente. Sus rimas afiladas se clavaban como puñales en sus adversaries, que tenían que andarse con ojo de no incurrir en faltas morales que les llevaran a ser merecedores de un castigo letal, pues Espectro les tenía a todos en una lista proporcionada por el mismo destino, organizadores y productores incluidos, todos ellos raperos pollavieja frustrados con más dinero que talento, así que no les quedaba más remedio que seguir su macabro juego y seguir compitiendo y financiando, jornada tras jornada, un torneo de rap improvisado cuyo mayor premio era seguir con vida.

Pero Espectro no es paciente y, aunque le había concedido a Kadmon un plazo razonable para cumplir su cometido, este estaba a punto de vencer, así que, aprovechando que tenía previsto obligar a un recién difunto macroganadero a acabar con Bertín Osborne, visitó el plano terrenal y descubrió que Kadmon no sólo había hecho un trato con uno de sus objetivos sino que estaban dejándose ver, él y sus antiguas víctimas, por el conjunto de mortales a través de streamings y polémicas retransmisiones de la televisión pública.

No daba crédito, la indignación y el enfado eran tales que su icónica túnica verde se vio repentinamente teñida de rojo fuego e, impulsivamente, cargó contra Kadmon, que en ese momento se estaba enfrentando en un combate de exhibición contra la campeona guatemalteca de free. Esta acción no ponderada hizo que todo el público del combate fuera testigo de su aparición y existencia, viéndose, sin quererlo, en una situación de desventaja, pues no podía volver al plano astral habiendo revelado su existencia cambiando así el curso del destino. Ya era tarde cuando se dio cuenta.

Se vio obligado a negociar y sabía que tenía las de perder, así que ofreció a Kadmon el mejor de los tratos: liberaría a todas las almas que se habían visto atadas a pactos irónicos con el Más Allá a cambio de que rompiera su contrato con el productor permitiéndole así reescribir los acontecimientos desde aquel momento y devolver la realidad a su cauce natural. Kadmon no se lo tuvo que pensar. Pese

a que sus acciones lo habían conducido a aquel momento clave en el que podía conseguir la libertad a innumerables almas oprimidas y sin derecho a defensa alguna hasta entonces, Kadmon negó con la cabeza.

Espectro fue convocado inmediatamente a su plano intangible y otra entidad lo sustituyó en su cometido. Todo siguió igual y es que, para hacer la revolución, con desobedecer no basta.

Ximi & Albert Kadmon
(@ximicomics @kadmonidas)

ÉXODO

Cuando la puerta del refugio nuclear se cerró solo nos pidieron dos cosas: obedecer al supervisor y tener fe. El mundo tal y como lo conocíamos estaba siendo arrasado por un infierno de bombas nucleares y radiación. Los días dieron paso a los meses y nos dimos cuenta de que estaríamos encerrados durante años y, quizás, generaciones.

La comida, todo, se raciona en miserias que provocan hambre y descontento. Para evitar la sublevación castigan con dureza al que se manifiesta, con suerte sobrevivía. No distinguen entre culpables e inocentes puesto que todos son un ejemplo para el resto. El robo es uno de los delitos que se castigan con la muerte. Desde los altavoces el supervisor transmite su pesar por las medidas que le obligamos a tomar cuando deberíamos estar agradecidos por no haber sido masacrados en la Gran Guerra. El terror y la desnutrición hacen mella en nuestros cuerpos y almas: agachamos las cabezas, arrastramos los pies y cumplimos las órdenes sin más, esperando que algún día todo pase.

Para entonces somos una fracción de los que habíamos entrado al refugio. Pese a ello los científicos realizamos unas estimaciones sobre el tiempo que el exterior tardará en volver a ser habitable y las reservas: demasiado e insuficiente. Se nos reprende como si hubiéramos hecho algo malo y nos obligan a revisar nuestros cálculos, a equilibrarlos. Entregamos un proyecto de granja hidropónica que aceptan a regañadientes. Mientras, ordenan a los biólogos hacer un estudio de fertilidad en la población.

Cuando las nuevas granjas dan los primeros frutos se prepara una fiesta y relajan el racionamiento. Nos quejamos por la supervivencia del búnker y de nuevo somos reprendidos: destrozan parte de nuestros materiales de investigación y queman gran cantidad de documentos, incluido los manuales de Vault-Tec.

Poco antes, la relación del supervisor con el resto de la población se había estrechado. Visita a los habitantes, impone unas horas de meditación para que todos se cuiden y convocaba largas charlas; en ellas pretende concienciarnos sobre lo importantes que éramos para el resurgir del nuevo mundo, para repoblar, un mundo que sin el hombre había reverdecido, un nuevo paraíso.

Poco a poco el supervisor adoctrina a las masas y se nos va excluyendo de forma colectiva: nos llamaban parásitos, nos escupen y golpean. Los guardias nos escoltan, dicen que por nuestra seguridad aunque creemos que es más bien porque no se fían de nosotros. Únicos prisioneros conscientes de su cautiverio realizamos las labores de mantenimiento; no nos obligan a ello sino que, a nuestra manera, cuidamos del único que nos protege, a nosotros y al resto: el refugio. El resto se limita a adorar al supervisor y fantasear con el día que podamos salir al exterior.

Para otros es aún peor. Se ha ordenado disolver los matrimonios que, por causas biológicas o decisión propia, no han concebido. Los biólogos estipulan que la radiación exterior ha esterilizado a muchos de los hombres mientras que el supervisor, cuya habitación está blindada, se encuentra en plenas facultades (lo dudamos). Los estériles pasan a formar la nueva casta inferior a la que se le permite vivir siempre que realicen los trabajos más duros y peligrosos. Por contra y con el debido permiso, se legaliza la poligamia de los fértiles, cosa aparentemente exclusiva del supervisor y de la cual hace bastante uso.

Muchos están encantados con la situación, sobre todo porque son unos inconscientes autoconvencidos y gozan del levantamiento total del racionamiento de la comida. Varias veces al día se hacen lecturas públicas de las santas escrituras y/o se practican bacanales. Continuamente, a solas, los guardias nos preguntan de muy malas maneras si hoy ya se puede salir; hemos aprendido a responder educada y adecuadamente, aunque siempre damos la correspondiente respuesta negativa.

Hemos tomado una dura decisión para escapar de toda esta situación: romper nosotros mismos los instrumentos de mediciones exteriores. La jarana es desmedida mientras algunos están recogiendo las cosas para irse. Nos quieren arrastrar con ellos; nos golpean por resistirnos. Algunos nos despertamos en jaulas portátiles, otros jamás volverán a abrir los ojos. Juntos, apelotonados, peregrinan a la puerta de salida. Llevan al supervisor en un palanquín improvisado, por encima de la masa de gente se ve algún bulto de los preparativos que cargan; nos llevan igual aunque más bien como si fuésemos un sacrificio.

La tromba entra en la sala prohibida, la de la salida. Las luces giratorias y la alarma de apertura emiten sus señales. Suena gas y presiones al liberarse, pistones, chasquidos metálicos y los mecanismos se quejan al ponerse en movimiento: la puerta primero parece que se va a derrumbar sobre nosotros y luego, de forma perezosa, comienza a girar a un lado. El fuerte olor a cerrado precede a una gran plataforma de carga; la colman y la ponen en marcha pese a que no caben todos; empieza a elevarse, algunos caen. El insondable techo cruje y nos sorprende una suerte de eclipse solar: una compuerta exterior se está abriendo para dar paso a nuestro ascensor.

Antes de salir notamos la corriente de frío. La multitud se ha enmudecido ante el cielo plomizo y las ruinas devastadas. Un trueno nos asusta y nos pone nerviosos. El supervisor logra mantener a la multitud en una tensa calma. Empieza a llover suave, es algo que muchos no conocían, luego gritan: la lluvia ácida provoca quemaduras en la piel y carcome la carne bajo ella. Como un hormiguero, corren en direcciones opuestas, se tropiezan unos con otros. La jaula de un compañero cae de lado, él se retuerce descontrolado mientras el agua lo lacera con crueldad. Por suerte la mía ha caído de pie.

Los gritos han atraído a carroñeros: unos saqueadores salvajes, entre carcajadas, rematan a muchos y masacran al supervisor. Un guardia es abatido junto a mi jaula así que le quitó las llaves. Como podemos, unos pocos huimos y nos escondemos. Perdidos, vagamos por un vasto y violento purgatorio. Nuestro sinuoso plan tiene un alto coste pero al fin somos libres.

Daniel Reguera
(@Perecallahan)

LA LA RA LA LA LA

Harley no se llamaba Harley cuando decidió tomar una Decisión Propia por primera vez. En general, los demonios o no tenían nombre, o este correspondía a la mayor desgracia que hubiera ocurrido en el Universo con el que tuvieran mayor conexión cuando nacieron.

En el caso de Harley, al ser la decimoquinta hija de una pareja de demonios menores...era «Oye Tú» más veces de las que no. A veces, con suerte, algune de sus hermanes mayores descubría el concepto de «creatividad» y pasaba a ser algún tipo de insulto relacionado con el hecho de que su forma original fuera una chica rubia que rozaba el concepto que muchas tribus humanas denominaban «Barbie». A veces, no era fácil ocultar de forma constante tu verdadero cuerpo, por mucho que ella tratara de hacerlo bajo una apariencia mágica consumida de piel reseca y cuarteada.

En el fondo, Harley no era especialmente buena, ni especialmente lista, ni muchísimo menos valiente. Sin embargo, Harley estaba algo que muchos otros demonios habían estado antes pero con respecto a lo que nunca habían actuado (posiblemente por un mayor sentido de la auto-preservación): Harley estaba harta.

Harta de que se supusiera que, como demonio, tenía que hacer las cosas siempre con un Mal Propósito. No es que no le gustara hacer el mal por el mero hecho de hacer El Mal. Después de todo, solía ser una actividad tendiendo a muy entretenida, pero...no siempre.

A veces, hay un porqué en lo que haces. A veces, deseas ser una persona más compleja que lo que «debes ser» por el mero hecho de que «esa es tu naturaleza». Y a Harley le gustaban muchas más cosas que simplemente ser cruel, atraer almas ya medio perdidas y asesinar a adolescentes que decidían que las cabañas en mitad del bosque eran el mejor lugar para emborracharse durante casi cuarenta y ocho horas seguidas.

Entre otras cosas, a Harley le gustaba bailar.

A Harley le encantaba bailar, y le gustaba ser una diva, por lo que siempre quería un compañero de baile (le era indiferente cuál fuera su género o talento bailando de dicho individuo); alguien que le recordara, incluso si era solo con su mirada, lo buena que era (o, en su defecto, lo buena que podía llegar a ser).

Por ello, el día en el que se Presentaba en Sociedad, el día en el que otro demonio (con suerte de rango superior) la eligiera como potencial pareja para los próximos 634 años, tomó de la mano a su hermana favorita, la condujo al centro de la pista repleta de sacrificios de diversas especies de inteligencia superior destripados con elegancia y comenzó a bailar.

Ni siquiera sabía bien lo que hacía; sus conocimientos eran limitados y estaban mezclados por diversas épocas y realidades en las que el término «tango» ni siquiera era algo lo bastante concreto como para ponerle un apelativo propio. Pero no importaba; daba igual lo torpe que fuera ella o lo sosa que fuera su hermana. Era la pasión, el cariño incluso, que estaban mostrando lo que caló. Lo que hizo ver al resto de demonios que, si querían, podían tomar su camino habitual, más esto no era, ni había sido nunca, una obligación. Cada cuál podía ser lo que deseara ser.

Fue un accidente, Harley no era, tal y como ya se ha establecido, una heroína; pero cuando se necesitan iconos, cuando te están oprimiendo para que sigas unas normas exactas o Tus Deidades (o Antideidades) te libren de salirte del camino correcto, da igual que «La Persona Real» no fuera más que eso, alguien normal y corriente.

Importa lo que inspira esa «Persona Real», lo que representa para cada uno; y, para la Sociedad Demoníaca en general, Harley representó que el libre albedrío, el hecho de que la posibilidad de ser quién eres en vez de quién «debes» puede ser más fuerte que él «así ha sido siempre».

Harley fue exiliada al mundo mortal, pues decidió que prefería perder una casa a su propia esencia.

Bueno, en verdad, esa fue la versión que los Altos Cargos vendieron, creando accidentalmente una mártir.

La realidad fue que Harley simplemente era demasiado cabezota para dejar que aquellos demonios por encima de ella dictaminaran como debía comportarse de entonces en adelante, y eso era todo lo que le esperaba allí. No pensó en todos los problemas que conlleva marcharse, en el arduo camino que tenía por delante. Pero, evidentemente, esto no era algo que el resto de demonios supieran y, con total sinceridad, su versión de la historia es mejor.

Tan mejor que acabó llevando a que el discurso sobre un cambio real fuera imparables. Todo gracias a una joven que prefería (a veces) bailar a matar. Nada más, y nada menos.

Después de todo, casi ninguna rebelión comienza por una «Gran Persona», sino por alguien como tú, y como yo, que un día decide que «aquí me planto».

Alguien que quiere hacer algo tan maravillosamente mundano como bailar.

Todos deberíamos «bailar».

Marla Hectic
(@20naina12)

LA NOCHE ANTES DE LA REVOLUCIÓN

El Argar, 3.500 años antes del presente

La oportunidad de ver el atardecer era un regalo. La muerte de la luz era un momento especial, porque era cuando muchos espíritus despertaban. De niña aquello había aterrorizado a Jeral, pero ahora que la anciana había entrado en su propio crepúsculo vital, sólo era otra verdad que reconocía.

Había tratado con demasiados espíritus para que le siguieran dando miedo. Continuaba respetándolos, aún así. Saludó a uno de ellos, particularmente poderoso, con una inclinación de cabeza. Le pidió ayuda. No podía ofrecerle plata o bronce, ni podía renunciar a las pocas cerámicas que los suyos utilizaban. Ella no era, al fin y al cabo, una de los Señores.

Por suerte, no hacía falta. Quizá los espíritus menores requirieran ofrendas como símbolo de sometimiento, pero los más poderosos no prestaban atención a ese tipo de transacciones mezquinas. Por ese motivo la anciana prefería tratar con ellos, pues ella tampoco estaba dispuesta a someterse. Ya no más.

El espíritu escuchó su petición de auxilio y se desvaneció. Si al cabo de unas horas atendería su ruego o no sólo la noche que lo había engendrado lo revelaría.

Ella echó una última mirada al horizonte rojo, se apartó del risco y caminó de vuelta al enclave. El guardia que la vigilaba desde la entrada fortificada no la molestó al entrar, pero tampoco le dirigió la palabra. Una vez no la dejaron volver a entrar como demostración de fuerza. Tuvo que pasar la noche al raso. Sobrevivió, era más joven entonces, y los guardias enfermaron al día siguiente. Aquello no había mejorado su relación, pero nunca más le habían impedido el paso.

Por desgracia, ella era una excepción. La toleraban, le permitían ir y venir en parte porque la temían, también porque ya no les era útil para trabajar ni tener hijos. Cuatro les había dado en su juventud, dos vivían aún, en el enclave minero del oeste. Ellos no eran libres de ir y venir. Sólo los Señores y los hombres que les servían, con sus armas de metal forjado, disfrutaban de ese y tantos otros privilegios.

Atravesó los muros del enclave. Detrás suyo los guardias atrancaron las puertas.

* * *

Le llamaban Gaol. Ya de niño se había visto obligado a trabajar en la molienda, colocando el grano sobre la piedra plana que primero su madre, y cuando ésta murió su tía, machacaba con otra piedra, redondeada. Más adelante él también se arrodilló sobre un mortero similar, sudando en una habitación demasiado pe-

queña para la gente que trabajaba en ella. Siempre con herramientas de piedra: el metal estaba reservado a los Señores y aquellos que les servían.

Un cuchillo, un hacha, eran herramientas que podían usarse como armas. Espadas y alabardas, sin embargo, sólo tenían un propósito letal. Los hombres que aceptaban apuntarlas contra sus familiares y amigos se convierten asimismo en armas humanas, que los Señores no dudaban en emplear para mantener su poder. Gaol había sufrido en sus carnes su violencia, pero fue ver cómo castigaban a sus hermanos mayores lo que le enseñó a obedecer.

Sus vidas transcurrían entre los muros del enclave, altos y fuertes no solo para protegerse de un enemigo exterior, sino para mantener cautivos a sus habitantes. Escapar era un sueño que pocos se permitían alimentar. Cuando la cosecha o la siembra requerían más brazos de los habituales, jóvenes como Gaol eran trasladados a los campos: a la luz del sol la esperanza de una vida nueva renacía y había quien decidía probar suerte. Solían ser capturados o abatidos en pocas horas. Cuando contempló el cadáver de su mejor amiga, arrojado en el patio como un despojo tras su intento de fuga, Gaol perdió algo de sí mismo que no sabía que todavía conservaba: un último vestigio de inocencia, de aturdimiento frente a aquella vida que no era digna de ser vivida.

Esa noche prometió que el poder de los Señores ardería hasta las cenizas. Antes de dormir se lo prometió a sí mismo; en sueños, se lo prometió a los espíritus iracundos de su madre, sus hermanos y su amiga. Al despertar se lo prometió a sus compañeras de molino.

Y ellas le devolvieron la promesa.

* * *

Salieron a un patio rodeado de muros. Había docenas de personas allí, armadas con herramientas de piedra y antorchas, algunas mujeres con cuchillos.

Los guardias gritaban órdenes. Se gritaban entre sí, nerviosos, pero sobre todo a la multitud. Blandían alabardas de metal, pero eran menos y estaban acostumbrados a la obediencia. La sombría determinación de aquellos siervos les desconcertaba.

Gaol y Jeral, junto a todas aquellas personas que por fin habían perdido el miedo, avanzaron contra los hombres de las alabardas.

Yacimiento arqueológico El Argar, 25 de mayo de 2030

El guía hablaba a los visitantes mientras recorrían las ruinas:

—El Argar fue una sociedad intensamente jerárquica, según lo que hemos podido observar en el registro funerario. Hay tumbas con ajuares muy ricos en metales,

con espadas y diademas. Consideramos que eran una casta dominante, que controlaba la producción metalúrgica y de cereales. Se observa también una casta de guerreros a su servicio, que se enterraban con sus armas de metal, además de una mayoría de la población sin ajuar, cuyos esqueletos presentan mucho desgaste por el trabajo repetitivo en las minas y la molienda.

La voz del guía resonaba entre las piedras y los plafones informativos del yacimiento.

—Este status quo parece mantenerse inmutable durante siglos, hasta que llegamos al último estrato de ocupación: hay una capa de cenizas que interrumpe el registro arqueológico y, en las capas posteriores, nada. Hubo por tanto alguna clase de incendio, desconocemos las causas, pero en vez de reconstruir el poblado simplemente lo abandonaron. Algunas teorías apuntan a una posible revuelta de las capas sociales oprimidas...

Una niña estiró la camiseta de su madre.

—¿Queda mucho?

La mujer, como no lo sabía, solo pudo pedirle que tuviera un poco de paciencia.

Feu Sed
(@feusediera)

LA REBELIÓN DE CARLITOS

Siéntate bien. No mastiques con la boca abierta. No hables mientras hablan los mayores. No te urgues la nariz. No toques eso. No hagas ruido. Sus padres hacían lo posible para que en el trayecto que hacían diariamente con Carlitos este no molestara a nadie, pero lo cierto, es que solo a ellos les molestaba la presencia de su hijo. Carlitos no entendía qué hacía mal, ¡estaba aburrido! Papá se sentaba siempre con las piernas abiertas, molestando a quien se sentase a su lado. No tenía su teléfono silenciado y saltaban todas las notificaciones de manera ruidosa. Su mamá estaba quitándose restos de comida de la boca con el dedo y siempre acababa dando conversación a otros viajeros.

Y él, tenía que estar de brazos cruzados para ser un niño bueno. Pero ellos no lo eran con él. No le dejaban ponerse de rodillas en el asiento y ver el paisaje por la ventana. No le dejaban hacerle caras a los pasajeros que esperaban en cada estación por la que paraba el tren. Le molestaba la irracionalidad de lo que debía hacer, la irracionalidad de no hacer nada. El no poder hacer nada por si molestaba. Por si despertaba a algún pasajero. Por si interrumpía alguna conversación. Por si, por si y por si. Todo era hipotético. Ni tan siquiera conocía esa palabra, pero entendía ese concepto. La vida no podía ser la situación catastrófica de enfadar a otro pasajero porque se riese una vez en el viaje Vilagarcía de Arousa-Vigo y el posterior Vigo-Vilagarcía de Arousa. Sus padres no recibían ninguna reprimenda cuando hacían todo eso que estaba prohibido para él.

Levantó la cabeza y vio a otros niños. También amordazados por sus padres. No salgas de tu asiento. No hagas ruido. Deja de dar golpes. No cantes. Solamente podían respirar y esperar. Una madre consolaba desesperadamente a su bebé. Por si los pasajeros consideraban que el lloro de un bebé era un acto tan vil como para presentar una reclamación a RENFE.

Carlitos estaba harto. Aquella tarde contó a diez (o lo que él creía que eran diez) niños sentados en el vagón del tren. Aburridos, sin poder hacer nada. Carlitos les dirigió la mirada, asomando la cabeza por el asiento. Siéntate bien, le dijo su madre mientras tiraba de su pie para enfatizar la orden. Pero los niños comprendieron la señal mental o lo que sea que Carlitos fue capaz de transmitirles a ellos y empezaron a llorar.

Los papás y mamás entraron en pánico. Los niños empezaron a retorcerse en sus asientos como si el demonio se hubiese apoderado de ellos. Lloraron, gritaron, rieron y cantaron a pleno pulmón, todo lo que no pudieron llorar, gritar, reír ni cantar otros días. Ahora sí los pasajeros estaban enfadados y molestos. Ya no era una posibilidad, era una realidad. Y Carlitos estaba dispuesto a resultar aún más ensordecedor. Estaba dispuesto a despertar a los niños de los vagones 1 y 3.

En un primer intento, papá intentó parar a Carlitos. Carlitos no grites. Carlitos no hagas ruido. Después vino el momento de confusión por la que Carlitos les lanzó un zapato. Luego papá se enfadó mucho e hizo ademán de darle un bofetón. Pero cuando empezó a llorar, se sintió culpable y quiso tranquilizarlo. Después se sintió triste por lo que había pasado y por haber amenazado a su hijo y al final tuvo que aceptar que los niños del vagón se habían rebelado y que Carlitos era un líder de la revolución ferroviaria. Este Che había declarado la guerra al silencio y a la irracionalidad de los modales de la sociedad.

El tren llegó a la estación y los padres de Carlitos lo bajaron avergonzados, como si en vez de un niño fuese el jorobado de Notre Dame y su presencia resultase repulsiva para la sociedad. Cuando bajó, los niños del vagón seguían revolucionados. Carlitos se quedó sin ver sus dibujos favoritos y no le dejaron hablar con la abuela, como hacía siempre que llegaban a casa del tito Luis.

Los padres se tranquilizaron cuando Carlitos dejó la pataleta y se puso a dibujar sus dinosaurios de colores. El de cuello largo, el grande con dientes largos asesinos y el que volaba por el cielo y agarraba con sus garras un avión. Cuando mamá le bañó y le dio medicinas al tito Luis, volvieron al tren.

Carlitos quería repetir lo sucedido horas antes, pero mamá le miraba de reojo, como si le advirtiera de que sus acciones tendrían consecuencias. Como si fuese un reo en la condicional. Bajó la cabeza y entró en el vagón 4, esperando que al llegar a casa le dejaran por fin hablar con la abuela y ver a las tortugas ninja. Pero dejó este pensamiento de lado cuando al entrar en el vagón, todo era un completo caos de niños. Resulta que en el ir y venir de la línea A Coruña-Vigo, el eco de la rebelión de Carlitos no había cesado. Cuando bajaba un revolucionario en Santiago de Compostela, subía un nuevo camarada de lucha, que imitaba los lloros. Los que entraban por los que salían y llevaban toda la tarde esos rufianes combatiendo sin cesar, como por relevos.

Las noticias abrían el telediario nocturno explicando la situación caótica vivida, con entrevistas a viajeros enfurecidos, que no entendían qué sucedió en su trayecto. Una señora relató cómo sufrió un ataque de pánico y tuvo que ser ingresada. Dimitió un consejero de RENFE que no conocía nadie, pero que para los presentadores les parecía un castigo adecuado. Carlitos se preguntó al principio quién serían esos niños malos que la televisión señalaba, hasta que se dio cuenta que iba por él y su rebelión. Se llevó la mano a donde creía que estaba su corazón. La lucha no cesó los días siguientes y no era Carlitos quien empezaba las batallas.

Los adultos, derrotados, pidieron un vagón para niños y ya nadie les pidió que se sentaran bien.

Mariola Juncal
(@MaestraPaladin)

MASA CRÍTICA

Ellos apagaron las estrellas. Fue un movimiento más en la dirección de privatizarlo todo. Desde el momento en que se cercó el primer terreno, era cuestión de tiempo que se cercara también el firmamento. Las luces en el cielo eran ahora de pago por visión.

Claro, en los viejos tiempos del siglo XXI había contaminación lumínica, pero uno conducía aquellos automóviles, que por entonces aún contaban con combustible fósil, y unos pocos kilómetros en las afueras ya se podían ver las constelaciones.

Supe que estábamos jodidos cuando además del pan nos quitaron las estrellas, además de nuestro tiempo, nuestros sueños, supe que lo estábamos cuando casi nadie protestó porque de todos modos ya nadie levantaba la vista y miraba a la luz muerta de los soles, recordando que los seres humanos habíamos puesto siquiera un pie fuera de nuestra roca.

Fue entonces cuando medité un plan para acabar con el peor mal que nos acechaba: No estar juntos en el mismo barco. Para ser libres, paradójicamente, tenía que diseñar una prisión: que el infierno fueran los demás, pero que se sintiera en carne propia, que el hecho de que no fuéramos todos libres, nos hiciera a todos presos.

No era la heroica y proteica toma del palacio de invierno, más la discreta y farragosa lucha del intelecto contra la entropía de un sistema que se caía a pedazos pero se resistía a morir, y de los mil pequeños egoísmos y traiciones de que está hecha la supervivencia de la vida cotidiana.

Como una legión de malas hierbas, hice por multiplicar a los descontentos para ponernos en contacto, en red, en un paisaje de leyenda en la virtualidad de un proyecto sin precedentes, una red de intercambio de información que fuera además una red de intercambio de emociones. Un internet empático, libre, y fuera del control de las corporaciones y del gobierno, controlado por los propios usuarios y sus usos y normas de etiqueta.

Fue un primer paso, contactar a todas las grandes mentes, y ofrecerles el prototipo de comunidad en que tecnológicamente se hacía posible una verdadera conexión humana, pues el intercambio de puro texto, de pura imagen, de puros deseos, de puro solipsismo del primer entorno virtual humano sólo había traído desconexión, soledad, incomprensión, polarización, mercantilización, desinformación y control.

Pero el día en que incluso los opresores no tuvieron más remedio que rebelarse, en que todos tuviéramos que trabajar juntos, fue el día en que hicimos el salto tecnológico del motor empático. Cuando la segunda versión de la red se impuso

como estándar tecnológico, todos los navegadores del cyberuniverso se conectaban con un puerto vía su propio córtex cerebral, y esa nueva zona franca comenzaba ya a ser desvirtuada, vendida y comprada, lanzamos el ataque.

Un virus que alteraba el centro del placer y del dolor humanos. Sus efectos, una super-empatía universal. Si alguien siente dolor, si alguien siente hambre, si alguien siente cansancio, tú también lo sentirás. De ese modo, incluso los más egoístas habrán de luchar por remover las injusticias, trabajar por erradicar la pobreza, la inanición, la guerra, por su propio interés.

Poner a los capitalistas en contra del capital. La revolución comenzó cuando el 51% lo quiso.

Mycroft
(@Mycroftmicro)

Quebrando la paz

Verónica se encontraba en el baño de la oficina. Cada mañana iba allí a hacer tiempo mientras revisaba las últimas noticias en su móvil.

Aquellos días había mucha agitación. Una ola de huelgas sacudía el país. La televisión no paraba de emitir imágenes de cortes y destrozos. Tertulianos, periodistas, políticos y representantes de los principales sindicatos se habían congado en Santa Alianza y llamaban a la calma.

Pero Verónica sabía que aquello no iba a parar tan pronto. A ella la educaron a no meterse en política, a ser buena chica, a esforzarse mucho y a aguantar con su mejor cara. Pero en los últimos años por más que se esforzara no le daba para vivir.

Una buena amiga que la ayudó establecerse después de su ruptura hablaba a veces de política con ella. Veía aquellas ideas con simpatía y las entendía, pero en general la gente evitaba hablar de ello. Tal como le decían en casa, no había que significarse.

Sentía nervios pues no sabía que pasaría en el trabajo. Aquella misma mañana se había convocado una asamblea por parte de los sindicatos de su oficina.

Había mucha tensión, ya había escuchado algunos comentarios de lo más variopinto a favor y en contra.

Recorrió el pasillo que daba a la sala principal cavilando sobre qué pasaría. Quizás entre todos llegarían a una solución. Llegó a donde sus compañeros estaban formando un corro en una de las esquinas de la amplia sala. Solo se oía el sonido de las impresoras. Cuando se incorporó al grupo entendió el motivo del silencio. Junto a los secretarios del sindicato se encontraba el director con gesto adusto cruzado de brazos.

Al poco de llegar uno de los secretarios carraspeó y empezó a hablar.

-Compañeros, compañeras. Todos sabemos porqué estamos aquí. El sindicato entiende que queréis secundar la huelga. Son tiempos difíciles para todo el mundo. También para la compañía. Una huelga prolongada ahora puede afectar a la competitividad de la empresa y llevarla a la ruina. Aquí el señor director se ha comprometido a reunirse con nosotros en unos días para negociar. Y ahora unas palabras del director.

Verónica no daba crédito a lo que oía, miraba de lado a lado ojiplática al resto de oficinistas que miraban al suelo o a la pared mientras escuchaban.

— Seré breve porque ya hemos perdido mucho tiempo. Aquí a todos se os ha dado una oportunidad y se os ha tratado con respeto. Entiendo que todos queréis mejoras salariales, pero son tiempos duros y debemos remar en la misma dirección. Y el que no quiera, ahí tiene la puerta porque ahí fuera hay gente dispuesta

a aprovechar esta oportunidad con más ganas que vosotros.

Uno de los sindicalistas dijo:

— Bueno, esto es una asamblea, si alguien quiere decir algo o preguntar podéis hablar.

Todos los que aquella mañana animaban a la huelga quedaron cabizbajos, en algunos casos solo miraban al vacío con la mandíbula apretada.

— Venga, a trabajar, a trabajar- se apresuraron a decir los gerentes y a repetir algunos trepas.

Verónica se dirigió como un autómatas a su cubículo sin intercambiar miradas con nadie ni mediar palabra. Sobre la mesa le esperaban algunos informes que debía grapar antes de ser archivados. Esperaba encontrar refugio en el trabajo repetitivo y no pensar mucho en lo que acababa de presenciar. Aquella humillación la había atravesado de parte a parte y allí se encontraba, grapando informes como el día en que llegó.

Era el momento de dar un paso adelante y nadie lo había hecho. Ni siquiera ella. Por más que trabajaba notaba los latidos en la sien y como la angustia le subía del pecho por el cuello. La grapadora se trababa y ella golpeaba más fuerte y con más rabia. No quería que ningún compañero se le acercara a explicarle otra vez cómo hacer su trabajo. El trabajo que llevaba haciendo tanto tiempo, el trabajo inútil. No era culpa de ella sino de la puta grapadora, y la empresa no le daba una nueva.

De repente los pensamientos se empezaron a agolpar. Todas las humillaciones, las horas extras y tardes perdidas sin un gracias o el atisbo de una promoción, los baboseos en pasillos y cenas de empresas, que solo se acordaran de ella para decirle que no iba lo suficientemente arreglada o que fuera más recatada. La presión de familiares y amigos cuando decía aquello de “al menos tienes un trabajo”.

Deseó echarse a llorar, pero sentía rabia, se sentía tan estafada. Y la grapadora que no iba, la agarró con fuerza y la arrojó con rabia. Esta describió un arco perfecto hasta estrellarse contra el cristal de la oficina del director. En cuanto la grapadora se separó de su mano se arrepintió. Ahora sí que estaba jodida.

El cristal se agrietó tras un impacto seco y se hizo el silencio de nuevo.

Parecía que hasta las máquinas enmudecieron.

El director quedó boquiabierto. Unos segundos después se levantó.

— Pero que cojon...— tímidamente primero y como una avalancha después más material de oficina fue a estrellarse contra el vidrio que no tardó en estallar en pedazos. El director se ocultó tras su escritorio para refugiarse del aluvión.

De repente alguien se levantó y apagó los fusibles. La anonimidad que otorgaba la oscuridad quebró las apariencias desatando una oleada de violencia festiva.

Volaban los equipos de trabajo, pantallas y teléfonos que iban a estrellarse contra otros aparatos. La gente empezó a gritar, primero gritos de rabia y después con-

signas.

VIVA LA HUELGA. MUERTE AL CAPITAL
ABAJO EL TRABAJO
MUERTE A LOS ESQUIROLES
DEVOLVEDME MI VIDA CABRONES
QUEMEMOS LA OFICINA

Algunas papeleras ya estaban en llamas y se empezaba a extender a otros elementos del mobiliario.

Alguien accionó la alarma de incendios y la gente empezó a salir del edificio en tromba.

Fuera no tardaron en ver piquetes y gente que avanzaba en bloque hacia la lucha. Verónica se unió a ellos con la cara bañada en lágrimas de felicidad.

Liberto Solaz

REVOLUCIÓN EN EL TEATRO

PRÍNCIPE

¡Mi princesa! ¡Oh, mi princesa dulce y delicada!

PRINCESA

¡Mi príncipe! ¡Oh, mi príncipe varonil y...!

—¡Basta! ¡Por favor si la princesa puede pegarle un puñetazo y tirarle al suelo! Como que delicada.

La profesora Raquel paró el diálogo entre los dos alumnos. Verónica, quien interpretaría esta vez a la princesa sonrió orgullosa por las palabras que su profesora.

—Deja a los niños seguir, Raquel.

Refunfuñando les volvió a dar el pase a ambos alumnos. Álvaro miró por última vez a su profesor antes de seguir.

PRINCESA

¿Cómo ha llegado hasta aquí, mi príncipe? El camino estaba lleno de monstruos horribles, de goblins aterradores, de ogros que te roban el oro...

PRÍNCIPE

Ya no debes de temer, princesa (*le seca las lágrimas heroicamente*)

—¿Cómo se supone que se secan las lágrimas heroicamente? Yo cuando lloro, lloro bien y a moco tendido.

—Puede que debamos añadir aire a la capa para que se vea heroico -respondió Álvaro.

—La única manera de que esto se vea heroico es que la princesa se lie con uno de los goblins... -Verónica rodó los ojos haciendo reír a sus alumnos— O el príncipe mismo

—¡Raquel!

El silencio se hizo en todo el teatro. Álvaro y Verónica saltaron asustados por el grito de su otro profesor. Bajaron la cabeza avergonzada mientras que Raquel fingía leer el guión con falso interés.

—Oh, qué interesante. El príncipe la rescata y se casan... ¿La segunda parte para cuándo? Déjame adivinar ¿tienen hijos? ¿Reinan juntos el reino?

—¡Pues como los cuentos de toda la vida! —alzó la voz volviendo a asustar a los dos jóvenes—¿Qué se supone que escribirías tú?

Álvaro suspiró irritado haciendo sonreír a su compañera. La profesora, después de un largo silencio, lanzó el guión por los aires y de un salto subió al escenario.

—¡Improvisar!

—¿Qué? —los dos jóvenes hablaron a la vez sin dar crédito a lo que oían

—¡Improvisar y ser realistas! ¡Una princesa se puede salvar sola! ¡Echar a volar vues-

tra imaginación!

PRÍNCIPE

Princesa debemos irnos.

PRINCESA

Pero...

—¡Deja volar tu imaginación! ¡Qué es lo que haría una verdadera princesa!

PRINCESA

No podemos irnos, tenemos que salvar a los establos y demás animales.

PRÍNCIPE

¡Hay muchos animales por el mundo! ¡Compraremos cinco establos princesa! ¡Yo solo con mi espada no puedo!

PRINCESA

Entonces... Entonces... *(la princesa se cruza de brazos)* ¡Ya sé! *(corre hacia la pared y arranca una espada del atril)* ¡Luchemos mano a mano mi príncipe!

PRÍNCIPE

¿Cómo?

—¿Cómo? —el profesor Eduardo no podía creerse lo que estaba teniendo que ver.

—¡Eso es! ¡Que haya emoción! —Raquel se levantó de la silla apartando los guiones de ambos alumnos— ¡Emoción y creatividad! ¡Revolución de lo clásico!

PRÍNCIPE

¡Princesa usted es muy delicada para pelear!

PRINCESA

¡Delicada su armadura que parece de barro!

Raquel no pudo hacer otra cosa más que reírse por las ocurrencias de ambos alumnos. La obra parecía desarrollarse como el agua y aquello que le daba el toque era ver a su compañero de profesión echar fuego por las orejas por todos los cambios que hacían los niños a su guión. Volvió a girarse para no perderse ni un minuto más de aquella espectacular obra de teatro.

PRÍNCIPE

¡Es usted toda una as de la espada!

PRINCESA

¡Le digo lo mismo a su armadura! Si hablamos de sus habilidades con la espada...
El príncipe para de pelear y golpea a la princesa con su espada. La princesa ríe, pero contrataca pinchándole la barriga con el filo del arma. Pronto empiezan a pelear entre ellos dejando a los monstruos que les rodean sin palabras.

—¿Veis? Y aquí podría aparecer uno de vuestros compañeros para intervenir en la pelea.

GOBLIN 1

Perdonen sus majestades... ¿No se suponía que deberían hacer eso con nosotros?
(Príncipe y princesa se giran hacia el Goblin agotados. Cruzaron miradas y se incorporaron. Los Goblins no daban crédito a lo que estaban viendo.)

PRÍNCIPE

¿Ustedes quieren pelear?

GOBLIN 1

La verdad que no, su majestad, nosotros solo queremos que dejen de tirar basura al bosque.

PRINCESA

¿Entonces por qué peleamos?
(El Goblin se rasca una de sus puntiagudas orejas y encoge sus hombros con timidez.)

GOBLIN 1

Realmente, los únicos que se están peleando son ustedes.

Raquel carcajeaba sin poder creerse tal espectáculo. ¡Esto sí que era una revolución de lo clásico! ¡Una revolución en el teatro!

PRÍNCIPE

Que le parece que, a cambio de nosotros tirar basura en el bosque, vosotros dejaréis de comer a nuestras vacas.

PRINCESA

Vacas que usted quería dejar de lado, príncipe

GOBLIN 1

Me parece bien su majestad, trato hecho
(Los tres juntan sus manos en símbolo de paz, todos terminan felices y las vacas estarán a salvo de los Goblins y del príncipe.)

- ¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Vaya obra de arte!
- ¡Qué horror! ¡Qué esperpento! — exclamó Eduardo asustado.
- Pues a mí me gusta.

Los cuatro presentes se giraron hacia la voz, tres de los cuatro sonrieron contentos de la nueva presencia: la directora del centro.

- ¿Cómo le puede gustar tan atrocidad, directora? Hablamos de interpretar un cuento clásico.
- Y lo hemos hecho, pero con un toque rebelde. Me gusta —guiñó un ojo a ambos alumnos quienes asintieron ilusionados, ellos también preferían esa segunda versión— ¿te encargas del nuevo guión, Raquel?
- Por supuesto, aunque la mayoría lo han hecho ellos.
- Les daremos créditos en los aplausos. Seguir así chicos, me gusta.

Asintió por última vez y se volvió a marchar por donde había venido dejando tras de sí a una profesora orgullosa, un profesor que echaba chispas, dos alumnos ilusionados por la obra de teatro y una rebelión de lo clásico que sin duda no dejaría disconforme a quien lo leyera.

Isabel Ponce
(@isabellewritte)

Tan solo puede escuchar

Antuán lee en voz alta y ronca unos papeles impresos con una impresora doméstica de la cuál nadie tiene el ticket de compra:

Mi historia empieza en un pueblo pequeño, el nombre por ahora no es importante, pues más adelante saldrá público y todos sabréis como se llama. En el pueblo poco hay que hacer, hay poco trabajo y el trabajo que existe es casi esclavitud. Los estudios tampoco existen, pues no hay dinero ni tiempo para estudiar, pero eso la verdad es que no nos importa porque no nos apetece mucho estudiar, preferimos estar jugando o haciendo otras cosas. No voy a dar más detalles ya que irán saliendo en la historia según te vaya contando, así que voy a empezar con la historia.

¿Te está gustando la historia? Yo creo que tiene un buen inicio. Habla Antuán con alguien que puede escucharlo perfectamente. Lo bueno de empezar en un pueblo en el que hay poco que hacer es que puede ocurrir cualquier cosa, incluso una revuelta. ¿Sabes? Te he traído aquí para aprender, para entenderte y hasta, en mis momentos más optimistas, para perdonarte. Sinceramente, señorito, no creo que ocurra lo último, pero sí conservo esperanzas en aprender algo. Antuán habla, el señorito tan solo puede escuchar y retorcerse en su silla. Voy a leerte un poco más:

Vamos, que allí lejos del pueblo es donde nos sentimos realmente libres, lejos de las leyes, del trabajo, de la sociedad y sobre todo, lejos de la policía. Ay, que horrible es la policía allá donde vayas. Algo muy común en nuestras charlas es hablar de como sería todo si hubiese una gran revuelta, bueno, no una revuelta, sino una insurrección, de esas con destrozos, terrorismo y mucha violencia.

¿A ti te ha ocurrido alguna vez eso? Eso de imaginar un mundo distinto. Charlar abiertamente sobre eso, un cambio, uno tan grande, tan a lo bestia que modifica la sociedad entera tal y como la conocemos. Estoy seguro que no. Tu y tus amiguitos de mierda os esforzáis cada minuto que pasa para evitar esa insurrección soñada... construís éste mundo repleto de cadenas, de inamovibles arenas movedizas putrefactas, éste mundo que apesta a muerte caminante. ¿Qué dices? ¿Qué? ¿Quieres decir algo? Ya hablas demasiado cuando estás en tu despachito diciendo por teléfono: ¡QUÉ SE JODAN! LOS INMUEBLES SON NUESTROS Y NADA NI NADIE NOS LO ROBARÁN! ¡ES QUE ES JUSTAMENTE POR ESO QUE LOS QUEREMOS VACÍOS, LOS PRECIOS TIENEN QUE SUBIR

PARA QUE EL NEGOCIO FRUCTIFIQUE. ¡ME DA IGUAL QUE LOS PUTOS POBRES SE ESTÉN MURIENDO EN LA CALLE! ¡SI NO PUEDEN PAGAR QUE SE VAYAN! Y mírate ahora, ya no es que no puedas gritar tus pedos, sino que no puedes ni hablar, ni moverte... ¡Es más! ¡AHORA MISMO TIENES MENOS LIBERTAD QUE UN PRESO! ¡MENOS QUE UN POBRE!

Antúan es un francés ex-drogadicto que se exilió voluntariamente de su país. Antes de cruzar la frontera gritó al viento: ¡Hasta nunca, pedantes con olor a queso rancio! Antúan se fue a Barcelona donde no tardó en encontrar casa en un ateneo libertario que disponían de un sofá libre. Y es desde allí donde Antuán planeó todo mientras fumaba un enorme canuto. El exiliado francés construyó una compleja red de extraños conceptos y éstos fluyeron todos ellos a través de ésta palabra: Rebelión. Antuán sabe lo que quiere, lo que se merece, lo que nos merecemos todos, lo que debe ocurrir, la gran deuda saldándose por fin, el equilibrio se recobra después de un monstruoso y abrumador estruendo. El estruendo que provoca todo ese peso que al fin cae de la balanza.

Antuán quiere seguir leyendo ese texto para los oídos de un banquero cualquiera, de una oficina normal perteneciente a un banco dedicado a lo que todos los bancos, acrecentar el desequilibrio, saquear y proteger el botín y sus usurpadores de la riqueza asociados. Antuán continúa leyendo:

Hablamos de insurrecciones, pero ese día todo fue diferente. No veíamos la insurrección como algo imposible, sino como algo que debíamos hacer en ese preciso momento. Así que hablando, o mejor dicho, conspirando, planeamos una acción en el pueblo. No iba a desencadenar en una gran revuelta, pero lo veíamos necesario.

¿Qué piensas, Alfredo? ¿Dirías que una rebelión es necesaria? ¿Dirías que es tan importante como para llevarla a cabo aunque se pierda? ¿Aunque no se pueda vencer? Es inevitable, Alfredo. Puede que sea increíble para ti, pero te garantizo que no te tengo atado de manos y pies en esta silla para torturarte. Así, de entrada, ni siquiera tengo previsto matarte. Con la mano en el corazón, Alfredo, te digo que lo que quiero, lo que necesito, lo que anhelo con toda mi alma es entenderte. Entender tu puta cabeza podrida. Entender cómo es posible que te parezca bien mantener en la extrema pobreza a tantas personas tan solo para que exista esa clase, esa clase sumamente artificial y deplorable, ese grupo de gente que quiere diferenciarse de los demás gastando los recursos de todos en LUJO. El lujo, Alfredo, el lujo. Quisiera poder desentrañar el lujo, entender su necesidad, comprender de una vez cómo alguien se siente bien consigo mismo conduciendo coches de seiscientos sesenta y seis mil putos euros. Como pueden descansar

tranquilos en camas de miles de euros en habitaciones tan grandes como pisos donde vivían familias enteras metidas en putas casas monstruosas y vacías tanto de cariño como de respeto... ¡CÓMO ES POSIBLE ESO! ¿Eh, Alfredo? Dime.

Antúan tiene una herramienta de metal en su mano derecha y apunta a la frente de Alfredo con ella. Alfredo suda fríamente, suda de la única manera que puede hacerlo un banquero, de miedo, el miedo a perder, el miedo a no salir victorioso aunque sea arrasando todo por delante. Es como el miedo que probablemente sintió Gengis Khan cuando se cayó del caballo, o cuando el caballo, por algún motivo que el Khan de Khanes no puede comprender ni asumir, decidió echarlo abajo. El caballo, que no se sentía parte de aquel hombre, el caballo que en ningún momento había aceptado su posición en el mundo, su uso, su espacio, sus derechos y deberes... el caballo se rebeló y tiró abajo al gran rey de reyes. Así sudaba ahora mismo Alfredo, gerente del banco de Satanzor. Pero Alfredo contaba con su as bajo la manga. El pez gordo disponía de un botón de emergencia al que hacía rato había presionado. Alfredo sabía que todo lo que tenía que hacer era evitar que su captor lo matara antes que llegara la brigada. El séptimo de caballería, los swat del privado, los wagner, los GEO...

Al poco tiempo, Antuán se encuentra rodeado de seres armados con subfusiles y uniformados de azul oscuro. Le golpean repetidas veces hasta reducirlo entre cinco. Cinco, cinco rótulas presionan la cabeza, la cara, el cuello y la espalda de Antúan que le quedan pocos segundos de conciencia activa. Alfredo es liberado. El grupo armado se hace diversas preguntas y tras sus respuestas Antuán recibe varios disparos. Lo último que oye el francés es el motor de un helicóptero. Antuán medita durante esos pocos segundos de vida que ya se le están escapando sobre la vida, la humanidad, las sociedades...

Antuán lee en voz baja pero libre, oprimida pero perdurable e inmortal:

No me arrepiento de nada.

OmDuart
(@om_duart)

Una playa de Monrovia

El día que llegué a Monrovia, a finales de abril, Doe ya había eliminado a los ministros y televisado el evento. Los cazó uno a uno, los montó en un camión, los ató a unos postes en la playa y los fusiló sin contemplaciones. Adiós apartheid, adiós décadas del caucho, adiós tutela de América. En aquellos años me jugaba la piel blanquita a diario en un planeta inestable, asistía a todas las revoluciones que me era posible, financiado al noventa y seis por ciento gracias a la herencia de un tío lejano. El pescado estaba vendido en Nicaragua, así que decidí cambiar de aires y cuando llegué a Monrovia me decían las tripas que la costa oeste de África iba a ser un hervidero de golpes de estado y revueltas populares, subproducto de la descolonización y la recolonización constante, y tengo por costumbre seguir a mis tripas, que saben más de mí que yo mismo, así que me fui directamente al hotel de la prensa para averiguar qué se cocía en aquel país inventado de descendientes de esclavos y tribus antropófagas, me apalanqué en el bar y una hora después, frente a una botella de whisky, los dos de Le Monde me estaban contando que un grupúsculo de militares mal pagados, la mayoría suboficiales, había asaltado el palacio presidencial aniquilando a Tolbert y a media familia, pero no a la rusa, sino a la africana: el sargento Doe se comió en crudo, cuentan todavía los Krahn, los corazones de los muertos, porque cargarse a casi cien manifestantes en la calle, tras subir porque sí el precio del arroz, no había ayudado a enfriar los ánimos caldeados durante décadas de crueldad, tiranía y expolio, y las tribus, que aún tardaron un año entero en olvidar sus diferencias atávicas, llegaron por fin a la feliz conclusión de que deponer a Tolbert era dar carpetazo a toda la oligarquía de hijos de puta colonos que había vendido recursos a cambio de miseria, que les habían tratado durante siglo y medio como mierda salvaje, me contaban los de Le Monde pasaditos de whisky, así que los jefes tribales estuvieron metiendo baza hasta que unos cuantos pirados de camuflaje, liderados por Doe, decapitaron al monstruo, eso fue hace dos sábados, y enseguida vino la fuga del gobierno del True Whig, ahora ilegalizado, cuyos miembros corrieron a sus cajas fuertes a salvar sus diamantes y huir por tierra a Sierra Leona, ya que los rebeldes controlaban el aeropuerto, autoproclamados generales como si nada, escalafón arriba dispuestos a dar escarmiento a las élites y fusilar a quien quedase del gobierno con vida: los cazaron como ratas uno a uno, en Robertsport, en Mano Gongu, en Bangoma, algunos habían cruzado la frontera, pero los cazaban igual, ministros, secretarios, altos funcionarios, casi todas las piezas del puzzle de la tiranía en un mismo calabozo, y días después derechos a la playa de Monrovia en la que serían fusilados por soldados borrachos de triunfo proclamando el fin del apartheid infligido por los libertos civilizados sobre los salvajes antropófagos, una Liberia

para los liberianos, la emancipación absoluta del yugo imperial de Norteamérica, así somos los franceses, unos absolutos yonkis de la emancipación, la libertad guiando al pueblo entre ínfulas evangélicas, así somos, henchidos de orgullo a pesar de nuestro propio imperialismo en nombre de no recordamos nunca qué tras darle demasiado al whisky, sí, bebimos whisky, una incongruencia, qué quieres, allá que fueron los de Le Monde escalera arriba trastabillando con sus propios pasos, y como yo sabía que no podría dormir se me ocurrió adelantarme a mis planes e ir a dar una vuelta por las calles del centro, sin edificios de más de tres plantas, calles en apariencia tranquilas, aunque a lo lejos se oían ráfagas y a veces pasaba un jeep con soldados muy, muy jóvenes, todos fumando, nada raro, que tengo por costumbre llevar un cartón de tabaco bajo el chaleco antibalas, presionándome las costillas, porque ya en Portugal, cuando lo de los claveles, aprendí que para ganarte a alguien, soldado o civil, no necesitas más que un paquete de tabaco, a ver, les sonríes, les das la cajetilla entera en plena revolución y te cuentan dónde ir y dónde no ir, y en mi buen inglés pregunté a un grupo de adolescentes por la playa, la playa donde Doe había fusilado al gobierno del True Whig, y ofrecí un paquete a cada uno, estaban encantados, aunque no tanto como yo, que era un yonki de las revoluciones, sonaba tan bien todo aquello de arrancarse el yugo civilizatorio, llegar a la playa era lo único que realmente me interesaba, me ponía alcanzar las zonas cero, las Bastillas de cada revuelta, y los chicos, como resultaron ser casi todos krahn, me llevaron por callejuelas sin asfalto hasta el mar, a comprobar al amanecer con mis propios ojos que no mentían porque aún había sangre y sesos secos en aquellos postes de madera puestos en fila. Adiós apartheid, adiós décadas del caucho, adiós tutela de América. Al llegar, la brisa del mar me daba ahora en la espalda, ahora en la cara mientras rodeaba los postes, los tocaba fascinado y zigzagueaba tranquilo entre ellos bajo la mirada y las bromas de los adolescentes krahn. Uno de ellos, de repente, gritó «ABAJO LA TIRANÍA» y disparó sin contemplaciones un puto kalashnikov salido de la nada contra un poste vacío, veinte pasos por delante de mí. Me miró, basculó y disparó al siguiente poste, más cerca. Imitaba a los pelotones de Doe. Me miró de nuevo y descargó un tercer disparo al poste que yo tenía delante de las narices, haciéndome caer al suelo aplastado por las carcajadas de aquellos adolescentes, que dejaban así a las claras que no solo habían sido testigos del inicio de la revolución, sino que me hacían a mí partícipe de aquella locura liberiana que no iba a ser para nada como las demás revueltas en las que un yonki como yo hubiera estado antes.

Raúl Campos
@monsieurvollard

A young boy in a blue shirt and red sash is running through a crowd of people. The background is slightly blurred, showing other people in various clothing. The overall scene suggests a moment of urgency or escape.

**DE REBELIONES
VA LA COSA
VOL. II**

DISTRIBUIDOR